

## Resumen

Preguntarse por la estética de la existencia supone, para Foucault, focalizar el análisis en el sujeto actual que se forma en las prácticas del yo y no en el sujeto abstracto. Por esa razón, el siguiente ensayo pretende analizar la estética de la existencia tomando como sujeto de la experiencia a Rodolfo Walsh, un hombre que, fundamentalmente, no se dejó moldear por la determinación de las normas y pretendió darse forma a sí mismo.

Tal como lo explica Schmid (2002), el sujeto está inserto en la encrucijada de múltiples relaciones de poder que actúan sobre él, pero la formación de su propia existencia no es un simple repliegue a lo privado, sino que supone la conexión entre la ética y el análisis del poder. Pensando en ello, el propósito de este trabajo es indagar acerca de los caminos escogidos por Walsh como práctica de libertad, como manera de autoconstituirse que no fueron los únicos posibles pero sí los que él eligió para responder, y muchas veces resistir, a la máquina de dominación. Sus investigaciones periodísticas, sus diagnósticos de la realidad político-social o las noticias difundidas a través de ANCLA y la cadena informativa, son algunos ejemplos.

Palabras clave: estética de la existencia - ética - arte de vivir - verdad - autodeterminación - poder.

## Palabras iniciales

Sí, Rodolfo Walsh fue un periodista, un escritor, un militante, un intelectual que transgredió ese papel. "Mi vocación se despertó tempranamente: a los ocho años decidí ser aviador. Por una de esas confusiones, el que la cumplió fue mi hermano. Supongo que a partir de ahí me quedé sin vocación y tuve muchos oficios. El más espectacular: limpiador de ventanas; el más humillante: lavacopas; el más burgués: comerciante de antigüedades; el más secreto: criptógrafo en Cuba", se presentaba a sí mismo queriendo alivianar esa imagen deshumanizada con la que se mira a los grandes humanos. Sin embargo, esa enumeración continúa siendo insuficiente: también entregó su vida a buscar la verdad y descubrirla en aquellos espacios que no le pertenecían; a observar atentamente el presente para poder elaborar diagnósticos y análisis o a escuchar las voces de esos *otros* olvidados, marginados o ignorados, entre otras muchas cosas. Pero, sobre todo, fue un hombre que no se dejó moldear por la determinación de las normas y pretendió darse forma a sí mismo.

Preguntarse por la estética de la existencia supone, para Michel Foucault, focalizar el análisis en el sujeto actual, de experiencias, que se forma en las prácticas del yo y no en el sujeto abstracto ni a priori. Por esa razón, el siguiente trabajo pretende analizar la estética de la existencia tomando como sujeto de la experiencia a Rodolfo Walsh. Se tratarán de abordar las diversas prácticas puestas en juego por el escritor a lo largo de su vida, a partir de los planteos teóricos desarrollados por Foucault en relación con la estética de la existencia.

Quizás, resulte forzado afirmar que este multifacético hombre hizo de su propia vida una estética de la existencia consciente y planificada, como la plantea Foucault, pero, en cambio, sí es factible sostener que en su vida hay numerosos elementos que permiten pensar que, aun sin un proyecto consciente, estaba encaminado hacia esa meta.

Tal como lo explica Schmid (2002), el sujeto está inserto en la encrucijada de múltiples relaciones de poder que actúan, a su vez, sobre él pero la formación de su propia existencia no es un simple repliegue a lo privado sino que supone la conexión entre la ética y el análisis del poder. Pensando en ello, el propósito de este trabajo es indagar acerca de los caminos escogidos por Walsh como práctica de libertad, como manera de autoconstituirse que no fueron los únicos posibles pero sí los que él eligió para responder y muchas veces resistir a la máquina de dominación. Uno de los objetivos fundamentales de esta ética es impedir la solidificación de cualquier situación de dominio y su punto de partida son las experiencias de actualidad, en particular las intolerables. En el caso de Walsh esto queda en evidencia en cada una de sus investigaciones periodísticas; en sus diagnósticos de la realidad político-social o en las noticias difundidas a través de ANCLA y la cadena informativa, por ejemplo.

Si bien en diversas ocasiones las circunstancias parecieron decidir por él, conduciéndolo a tomar determinadas actitudes frente a la vida -como es el caso que luego concluiría en la publicación de *Operación Masacre* que llegó a sus oídos por obra de la casualidad-, es necesario destacar que cuando tuvo que elegir lo hizo: continuó con ese tipo de investigaciones políticas; se instaló en Cuba a mediados de 1959 donde fundó, junto al argentino Jorge Masetti, la agencia de noticias Prensa Latina; en los '70 fundó ANCLA; escribió *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar* o pasó a la clandestinidad luego de la muerte de su hija

Vicky, entre otras tareas con las que se comprometió.

### Fundamento de la ética de la existencia

“La muerte del sujeto trascendental hace posible reflexionar nuevamente sobre la constitución del sujeto fundamento”, afirma Schimid (2002: 207) para explicar el camino que recorre Michel Foucault hasta llegar a preguntarse por la ética. El pensamiento de este filósofo produce un desplazamiento del sujeto epistemológico y sustancial al sujeto ético, se distancia de una teoría previa del sujeto, como la elaborada, por ejemplo, por la fenomenología o el existencialismo y propone un sujeto que no es sustancia sino forma, que no es siempre idéntica a sí misma y que, además, es susceptible de transformación. “En cada caso, se juegan, se establecen, respecto de uno mismo formas de relaciones diferentes que se constituyen históricamente” (Foucault 1999: 109). Este giro teórico le permite orientar su interés hacia las prácticas mediante las cuales el individuo se da forma a sí mismo, se autoconstituye.

Para él, el plano ético corresponde a los modos de relación con uno mismo, a la forma que uno se da a sí mismo y a su vida y a la relación que establece con los demás, siempre mediadas por la reflexión. El resultado es una elaboración ardua y compleja que no nos permite seguir siendo los mismos que éramos.

Una de las características de esta ética es su indeterminación porque no se trata de someterse a ninguna norma previamente establecida. Foucault entiende por ética la praxis reflexiva de la libertad, ese espacio en el que el sujeto es capaz de dominar su vida cotidiana, de gestionar su propio tiempo, de explorar y encontrar las formas adecuadas para su vida que durante mucho tiempo han sido prescriptas por las autoridades. “La libertad es la condición ontológica de la ética; pero la ética es la forma reflexiva que adopta la libertad” (Foucault 1999: 98). Para él, “la libertad es un modelo político en la medida en que ser libre significa no ser esclavo de sí mismo ni de los propios apetitos, lo que exige una relación consigo mismo en la que exista una cierta situación de dominio, poder o mando” (1999: 102).

De todas maneras, esa actitud sobre uno mismo no se formula prescindiendo por completo de las relaciones en las que está inserta y sobre las que se pretende influir sino que es justamente en esa actitud donde la libertad del individuo se sostiene. Una dimensión, por otro lado, individual y políticamente relevante, toda vez que la actitud del individuo antes o después tiene que ser tomada en cuenta desde el punto de vista político. Para Foucault la ética “se constituye a la luz del *ethos*, de la actitud del individuo, pero no del cumplimiento de normas. Esto no significa la suspensión de la validez de las normas legales, sino que estas –y en general, las normas sociales- son susceptibles de ser criticadas por las normas individuales. A este plano corresponde la forma del sujeto: en lugar de su constitución pasiva en el sometimiento a la *norma*, se trata ahora de la constitución activa en torno a la pregunta por la forma de la existencia” (Schimid 2002: 205). El yo se constituye a sí mismo en contra de la intervención de un poder individualizante y la sujeción a una identidad determinada porque la fundamentación de la ética del arte de vivir es la exigencia de aprender a conducirse a sí mismo y de no abandonarse en manos de otros. La elección personal desempeña un papel muy importante dado que supone un modo de subjetivación en el cual el individuo ha de seguir una normativa autoimpuesta y de ninguna manera plausible de someter bajo esa regla a toda la sociedad. Con esta elección el individuo decide qué es lo que realmente importa en su vida y establece un orden de prioridades. De esta manera, la elección personal es un acto de libertad que pretende impedir la solidificación de las relaciones de poder. No se trata de prescribir soluciones.

En este sentido, los conceptos de autogobierno o cuidado de sí se erigen como claves para entender este tipo de ética. El cuidado de sí -una actividad que implica atención, conocimiento, técnica (1)- es el principio de la conducción de la vida individual que conforma tanto una estética (formas de atención) como una ética (conducción de la propia vida) y no se trata de una actitud prescriptiva sino que, por el contrario, es elegida por cada persona. Tampoco supone una dimensión universalmente obligatoria a la que todo el mundo tendría que someterse, aunque sí puede actuar como guía. Por otro lado, también es “una manera de controlar y delimitar el poder, ya que, si bien es cierto que la esclavitud es el gran riesgo al que se opone la libertad griega, existe otro peligro que se manifiesta a primera vista como lo inverso de la esclavitud: el abuso de poder. En él uno desborda el ejercicio legítimo de su poder e impone a los otros su fantasía, sus apetitos, sus deseos” (Foucault 1999: 104).

La tarea más relevante de esta ética, que se corresponde con una política del arte de vivir, es evitar la consolidación de cualquier situación de dominio. Por tal razón y con el propósito de la transformación, el punto de partida de este trabajo del saber, que se materializa en el ámbito de la ética y se realiza en la quietud de las bibliotecas, son las experiencias de actualidad, en particular aquellas intolerables o inadmisibles. En este punto es posible introducir la figura de Rodolfo Walsh, como un ejemplo, de un hombre que quiso ser dueño de sí mismo, de sus decisiones y, por lo tanto, ser mentor de su propia forma. Si bien no es posible sostener que entre los objetivos que determinaban sus decisiones de vida se encontraba su propia transformación, tal como afirma Foucault que debe ser la función de esta ética, sí es plausible observar que no se resistió frente a aquellas situaciones intolerables y que, aun sabiendo que le cambiarían la vida para siempre, se atrevió a enfrentarlas, denunciarlas, difundirlas. No es

casual que sus últimas palabras con las que concluye *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*, y con las que paradójicamente se despide de la vida, hayan sido: “Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles” (Walsh 1977).

De la misma manera, Daniel Link (1995) opina que a un gran periodista se lo reconoce por los proyectos en los que interviene, y allí Walsh demuestra nuevamente su singularidad: participando en la fundación de Prensa Latina (la agencia de noticias cubana), dirigiendo el periódico sindical *CGT*, organizando talleres de periodismo en las villas para editar el *Semanario Villero* entre 1972 y 1973, fundando la *Agencia Clandestina de Noticias (ANCLA)*, y la *Cadena Informativa* en 1976, como única respuesta periodística posible a la monstruosa represión de la dictadura militar. Fue un hombre que nunca confundió su desempeño con el de un héroe pero que, sin embargo, supo enfrentar y superar el temor a la amenaza, a lo desconocido, al dolor, incluso a la muerte.

La masacre de José León Suárez en 1955 y los asesinatos del prestigioso abogado Marcos Satanowsky (1957) y de un dirigente gremial en 1966, fueron todos casos marginales para los discursos dominantes que procesaban la información pública, que hubieran quedado relegados a la oscuridad o el silencio, condenados al olvido pero “Rodolfo Walsh fue capaz de interpretar su dimensión política e histórica y de traducirlos como cifras emblemáticas de procesos en los que es posible rastrear las grandes crisis de la Argentina contemporánea” (Ferro 2004 [1973]: 12). A esto Piglia (1999) agrega: “Esa tensión entre el relato del Estado y el popular -los relatos que circulan, que son antagónicos- están cercanos a lo que Walsh ha tratado siempre de narrar. Porque, por ejemplo, en *Esa mujer*, en *Operación masacre* o en *¿Quién mató a Rosendo?*, por un lado, buscaba descubrir la verdad que el Estado manipula. *Operación masacre* es un texto donde, otra vez, el intelectual enfrenta al Estado y demuestra a la sociedad cómo está construyendo un relato falso de los hechos. A partir de la investigación la función del escritor, del intelectual, es hacer ver cómo ese relato oculta, manipula, falsifica y, en su lugar, hacer aparecer la verdad de esos fusilamientos y buscar, entonces, ahí un punto a partir del cual es posible transformar la situación”.

“La tarea de la filosofía crítica no es ya investigar las condiciones de posibilidad de la experiencia, sino mostrar las indefinidas posibilidades de transformación del sujeto. Mientras la arqueología trata de minar toda forma sustancial del sujeto, la ética trata de su constitución y transformación” (Schimid 2002: 207). La práctica es el medio para poner la vida en acción porque la ética es la relación con uno mismo que se lleva a cabo en la acción, es una praxis y el ethos, un modo de ser. La experiencia se caracteriza por ser transformadora: nos impide seguir iguales o conservar el mismo tipo de relación con los otros y con el mundo que manteníamos antes. En el caso de Walsh es posible observar cómo sus experiencias de vida fueron moldeando sus inclinaciones tanto éticas como políticas, al mismo tiempo que fueron dejando una profunda marca en su ser. “*Operación Masacre* cambió mi vida. Haciéndola descubrí que, además de mis perplejidades íntimas, existía un amenazante mundo exterior”, dijo el hombre, refiriéndose al libro que inició el movimiento periodístico-literario de la novela testimonial” (Pigna 1999). Cuando la política se cruzó en su camino en forma estrepitosa no se hizo el distraído.

Foucault no buscaba la libertad formal o constitucional sino entender la libertad como el ámbito de lo que también puede ser de otro modo. Así también dio muestras de creerlo Walsh. Bajo el golpe de Estado encabezado por Jorge Videla, creó la Agencia Clandestina de Noticias (ANCLA), pese a los riesgos para su vida que ello implicaba y desde allí difundía toda aquella información que los medios masivos de comunicación ignoraban, subestimaban o despreciaban guiado por el convencimiento del valor moral de ese acto. Así, siguiendo esa consigna, las palabras que acompañaban los textos que se divulgaban desde aquella agencia clandestina eran: “Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo, oralmente. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez las estarán esperando. Millones quieren ser informados. El terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. Derrote el terror. Haga circular esta información” (Pigna 1999).

La verdad: una práctica del arte de vivir

La forma del saber de la vida no se construye sólo en virtud de la observación y de la experiencia sino también de la constante trasgresión de una observación y de una experiencia ya dadas de antemano. Las verdades, las certezas, las evidencias son el resultado de una construcción histórica y, por ende, pueden ser cuestionadas, transformadas e, incluso, destruidas. Es esta convicción la que moviliza gran parte de la obra de Walsh y lo convierte en un escritor y periodista que, persuadido de que la verdad no estaba en uno mismo sino que había que buscarla, iba detrás de la voz de los olvidados. Al respecto, Piglia (1999) sostiene: “Walsh explica y hace ver que la verdad no está en uno, hay que ir a buscarla, construirla. Ningún sujeto la tiene en un sentido pleno. Es un movimiento, una acción, una tensión que construye en sus textos para buscar eso que él no tiene. Y esa verdad la encuentra en la voz del *otro*, en la voz popular. Walsh construye porque sabe escuchar. *Operación masacre* va de una voz a otra, de un relato a otro. Y él los sabe transcribir. En *¿Quién mató a Rosendo?* la oralidad popular tiene una voz propia,

una manera de decir que no le pertenece”.

Estos juegos de verdad son fundamentales al momento de proporcionarle una forma al sujeto, por ello, la relación con la verdad es una de las prácticas del arte de vivir y, por consiguiente, una praxis de libertad. “La relación que mantenemos con la verdad modifica la forma de nuestro comportamiento. El trabajo que tiene lugar en el esfuerzo por pensar de otro modo no radica únicamente en el mantenimiento de una relación incesante con la verdad, sino, al mismo tiempo, en la transformación de nosotros mismos” (Schimid 2002: 249). Walsh fue un hombre que asumió el compromiso de buscar la verdad y, sobre todo, comunicarla y lo cumplió hasta el día de su muerte. Era un intelectual comprometido con la que consideraba su causa e, incluso en la clandestinidad y viviendo escondido, eligió las cartas como medio de comunicación con el mundo antes que el silencio obligado. “La última de ellas es, sin dudas, una obra maestra del periodismo y el coraje. Fue la *Carta de un escritor a la Junta Militar*, iniciada tres meses antes de su asesinato y enviada en diez copias dactilografiadas con carbónico a diferentes medios y organismos de su país e internacionales, el mismo día en que el Grupo de Tareas 3 de la nefastamente célebre Escuela de Mecánica de la Armada, lo estaba esperando”, explica Gutiérrez (2001).

Sobre esto, Foucault retoma de la Antigüedad el concepto de parresia, una práctica muy habitual entre los cínicos, para quienes la forma de existencia se convierte en condición de poder decir la verdad, para hacerla visible en los gestos, en los modos de comportarse, de vestirse y de conducir la propia vida. Para Foucault de aquí deriva una actitud, un arte de vivir. Nuevamente, es posible evocar la figura de Walsh, quien fue forjando su forma de existencia a costa de poder decir y comunicar siempre la verdad, pese a la soledad, la clandestinidad, el dolor y la amenaza de muerte. Así, por ejemplo, en *Carta a mis amigos* Walsh habla de la muerte de su hija (2) pero, además, establece cuál era para él el valor de la muerte, cuestión íntimamente vinculada con la noción de verdad. “En el tiempo transcurrido he reflexionado sobre esa muerte. Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren como ella, tenían otro camino. La respuesta brota de lo más profundo de mi corazón y quiero que mis amigos la conozcan. Vicky pudo elegir otros caminos que eran distintos sin ser deshonorosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su lúcida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella: vivió para otros, y esos otros son millones. (...) Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy yo quien renace de ella” (Walsh 1976). Para Foucault “si hay una suerte de prueba de la sinceridad de un parresiasta, es su coraje. El hecho de que el que habla diga algo peligroso –diferente a lo que cree la mayoría- es una indicación fuerte de que es un parresiasta” (Foucault: 5). Y esto permite pensar en Walsh como un parresiasta. Para Bayer, “la conciencia fue la musa de Rodolfo Walsh, lo seguía a todas partes. Ese es el parámetro de su vida: su conciencia. Predestinación de mezclarse con la vida, de meterse. No fue consciente, tal vez, de su predestinación” (1957 [1998]: 7).

Para los cínicos la filosofía es inseparable del modo de vivir ya que posee consecuencias prácticas. “Ellos, tal como Foucault subraya, hacían de su vida una aliturgia, es decir, una escenificación de la vida como manifestación visible de la verdad. Una verdad que encontrará un posible eco no sólo en la tradición ascética del cristianismo en la doctrina de San Agustín, en la vida de los mártires (la vida como testimonio de verdad) y en los innumerables movimientos espirituales (franciscanos, dominicos, heréticos) sino también en los movimientos político-revolucionarios: bajo las formas del militante político y de la amplia crítica del presente del siglo veinte” (Schimid 2002: 251). Desde este punto de vista, es indispensable enmarcar la tarea de Walsh, y su incondicional entrega a la lucha política en el contexto nacional de la Argentina y el mundo durante las décadas del ‘50, ‘60 y ‘70. En Walsh la relación inseparable es literatura-política-vida, aunque él mismo sostiene que “después de publicar *¿Quién mató a Rosendo?* las cosas cambiaron realmente en 1968, cuando la política lo ocupó todo. Entonces empecé a ser un escritor político. Mis ideas sobre la novela habían cambiado” (Pigna 1999). De todas maneras, la literatura fue el medio que eligió para materializar sus intereses, transmitir sus ideas, cristalizar sus reflexiones generalmente vinculadas a la política, la justicia, la ética, el compromiso social.

A partir de la práctica de la parresia Foucault llega al concepto de estética de la existencia, que tiene tres aspectos fundamentales: “1. Una estética de la existencia definido por una elevada sensibilidad, capacidad de la observación y una apertura a la experiencia (estética como forma de saber). 2. Una estética de la existencia que asigna, dentro de una ética como arte de vivir, una función constitutiva a la cuestión de la elección personal (estética como forma de fundamentación). 3. Una estética de la existencia que estriba en el arte de la formación y transformación de sí (estética como forma de vida)” (Schimid 2002: 255).

Para esta estética de la existencia es necesario contar a disposición con un abanico de perspectivas porque hay momentos de la vida en los que la cuestión de saber si se puede pensar y percibir distinto de como se lo hace es indispensable para seguir contemplando o reflexionando. Por esta razón, este tipo de ética está relacionada con un cierto ejercicio de la atención, el que permite el diagnóstico del presente. Y hacia allí se dirige la mirada este escritor, periodista, criptógrafo, tal como lo explica Ferro: “Walsh escruta en la intrincada red de los procesos sociales con la convicción de que la divulgación de una noticia es el mejor modo de proteger al denunciante; con férrea tenacidad para enfrentar las barreras que se levantan para impedir la publicación de

cualquier tipo de información que afecte seriamente a los mecanismos de poder dominante y, lo más importante, eligiendo la perspectiva de las víctimas como punto de partida de la investigación: Livraga y los fusilados de José León Suárez en *Operación Masacre*, los muertos y los torturados de “La secta de la picana” y “La secta del gatillo alegre” en el periódico *CGT*, Blajaquis, Zalazar y García en *¿Quién mató a Rosendo?*, su hija en *Carta a Vicky*, el país todo en ANCLA, la cadena informativa, y en la *Carta abierta a la Junta Militar*. Aislar uno de esos momentos para pensarlos como una forma de estética supone separarlos del recorrido que los integra y los hace inteligibles. Antes de una estética de cualquier orden, hay una ética de solidaridad histórica que se impone en la investigación de sucesos borrados, tachados de la memoria colectiva; la marca de Walsh es la politización extrema de la investigación: el enigma está en la sociedad y no es otra cosa que una mentira deliberada que es preciso desvelar con evidencias” (2004 [1973]: 10 y 11).

A su vez, en esta búsqueda de la verdad desde la mirada de quienes están en condiciones de inferioridad que Walsh pone en juego en su escritura, produce un desplazamiento que le permite expresar acontecimientos dolorosos o de una alta carga emotiva que, de otra manera, no podría hacerlo. Para hablar de su dolor convoca la voz de *otro*, toma una pequeña distancia respecto a eso que está tratando de expresar para lograr que alguien junto a él diga eso que él quiere gritar pero no puede. Este movimiento aparece, por ejemplo, en *Carta a mis amigos*, cuando relata el momento de la muerte de su hija Vicky pero, como no lo puede hacer él mismo, afirma: “Me ha llegado el testimonio de uno de esos hombres, un conscripto” (Walsh 1976). Entonces, es el conscripto el que cuenta. Ir hacia *otro* que hable ahí en ese momento, funciona como una especie de transmisor de esa experiencia tan dura. Tal como sostiene Schmid (2002), en la estética de la existencia, el yo se parece a ese artista que, de vez en cuando, interrumpe su trabajo para contemplar desde la distancia su obra, para poner en relación las reglas de su arte con el trabajo realizado y que, dado que, por sus propias fuerzas, no es capaz de alcanzar esta mirada sobre sí mismo como obra, requiere de amigos.

En el caso de Walsh este juego de autorreflexión parece ponerse en evidencia a través de las voces de esos *otros* porque la reflexión del yo se produce al amparo de prácticas, técnicas, gestos, en la conversación, en viajes, en la escritura, al narrar la historia –siempre, no obstante, a la luz de un trabajo dirigido sobre sí mismo, a la vez que se presta atención al otro. Y así lo afirma Bayer: “Él no es un héroe de película sino solamente un hombre que se anima; sí, al hablar de otro, Walsh se está describiendo a sí mismo” (1957 [1998]: 11).

Foucault entiende la práctica de la autorreflexión como el cuidado de sí que, según Schmid (2002), no es una reflexión que gira sobre sí misma sino que se constituye en un alejamiento del yo consigo mismo que precisa de una alteridad, que permita la posibilidad de experimentarse desde afuera. De esta confrontación con la alteridad se deduce la posible experiencia de modificación porque es justamente en esta mirada desde fuera donde radica la función de una estética de la existencia.

### La vida como obra de arte

El arte de vivir comprende la capacidad de conducir la propia vida, lo cual abarca un conjunto de prácticas, técnicas y tecnologías de las que uno puede servirse y a las que Foucault denomina tecnologías del yo. Desde esta concepción, la vida de cada uno es el material del arte de vivir que, a través de la autoconstitución, cada sujeto moldea. “Puede comprenderse el concepto de estética de la existencia como el intento de poner fin a la dicotomía de arte y vida” (Schmid 2002: 275).

Las tecnologías del yo, vehículos para la concreción de la praxis reflexiva de la libertad, se oponen a las de dominación, cuyo único propósito es el control, el sometimiento y la manipulación. La técnica del biopoder apunta a hacer de la vida del individuo un objeto de saber, con la intención de normalizarlo y reglamentarlo. En cambio, la vida deviene resistencia frente al poder cuando el poder hace de la vida su objeto. No existe un punto más fundamental y útil de resistencia al poder político que la relación de uno para consigo mismo, por ello para Foucault la ética del yo es una tarea políticamente urgente e indispensable y el arte de vivir es un valioso instrumento contra las situaciones de racionalización y normalización procedentes de la moderna razón de Estado y que hacen de los individuos su objeto (Schmid 2002).

Estas tecnologías del yo no están vedadas a nadie, mientras se pongan en juego en un contexto de lucha de poder y de desigualdad. Por esto mismo resulta necesario pensar a Walsh no como un héroe sino como aquel que fue capaz de recorrer caminos controvertidos con el propósito de serle fiel a su convicción. Así lo explica en julio de 1957 en el prólogo para la primera edición de *Operación Masacre*: “De este modo respondo a timoratos y pobres de espíritu que me preguntan por qué yo –que me considero un hombre de izquierda- colaboro periodísticamente con hombres y publicaciones de derecha. Contesto: porque ellos se atreven, y en este momento no reconozco ni acepto jerarquía más alta que la del coraje civil. ¿O pretenderán que silencie estas cosas por ridículos prejuicios partidistas? Mientras los ideólogos sueñan, gente más práctica tortura y mata. Y eso es concreto, eso es urgente, eso es aquí y ahora” (1957 [1998]: 256). Incluso, al respecto Viñas (1996) apunta: “Con el paso del tiempo, el itinerario de Walsh va prescindiendo de la creencia en la *inmortalidad* o ‘la gloria’ entendida como fama póstuma laicizada dado que cada

vez más trabaja con la inquietante contingencia de lo efímero y de la cotidiana fugacidad del periodismo”.

En su comportamiento no hubo afán de heroísmo ni perpetuación, al contrario, se empeñaba en demostrar que era un hombre de carne y hueso que temía, sufría, se angustiaba pero, frente a eso, su respuesta era el coraje, la valentía, el atrevimiento. Es más, en una de las primeras notas elaboradas por Walsh a partir de la investigación de la muerte de Marcos Satanowsky y que fueron publicadas en *Mayoría* entre junio y diciembre de 1958 se defiende: “En el último número de la revista (*Panorama*), hay alguien que se ocupó de mí sin nombrarme. Probablemente cree que no existo o que acudo al ruin subterfugio de un seudónimo para desenmascarar a jueces corrompidos, a militares traidores a su uniforme y a venales empresarios del acomodo y la revancha. Se equivoca. Existo, con mi nombre completo, Rodolfo Jorge Walsh, L.E. 4.330.759, C.I. 2.845.022” (Ferro 2004 [1973]: 249).

Para Foucault no se trata de entender la libertad como un ideal sino como práctica de la libertad porque es constantemente actual. Por esta razón, las formas de libertad no son sólo una cuestión ligada a unos supuestos derechos naturales sino a una conquista desarrollada en confrontaciones concretas, que tiene lugar en el transcurso de una inversión de las relaciones de poder y desde la transformación de prácticas concretas. Si bien Walsh vivió bajo diversos gobiernos militares en los que los ciudadanos no gozaban de libertad ni democracia, desde siempre entendió la libertad como una práctica que se desarrolla y se conquista en el marco de enfrentamientos concretos. Y así lo hizo hasta su último día, tal como lo describe Ferro: “El periodista que frente al Estado culpable narra y denuncia, que se ha propuesto no sólo el esclarecimiento de un crimen, el descubrimiento de los asesinos, sino que ha llevado a cabo una tenaz porfía contra la venalidad judicial, contra los artilugios que maneja el poder político para entorpecer la acción de la justicia, ese periodista vuelve a la calle a investigar, corre todos los riesgos imaginables y, además, el riesgo de participar, por una única vez en su vida, en una investigación oficial” (2004 [1973]: 217).

En Cuba, por ejemplo, fundó la agencia Prensa Latina junto con su colega y compatriota Jorge Mascetti. Había decidido que no sería nunca más un simple observador privilegiado del mundo, sino que quería formar parte activamente de él: como jefe de Servicios Especiales en el Departamento de Informaciones de Prensa Latina, usó sus conocimientos de criptógrafo aficionado para descubrir, a través de unos cables comerciales, la invasión a Bahía de Cochinos, instrumentada por la CIA” (Pigna 1999). Por su parte, Gutiérrez (2001) agrega que después del '70, momento en el que se avocó a la militancia política en el Peronismo de Base, fueron los tiempos de enseñar periodismo en villas miseria y de la edición de *Semanario Villero*, de la enorme cantidad de cintas grabadas a los ‘compañeros’ de la Villa 31 para escribir el boletín. De seguir investigando y escuchando. Porque si en algo se centró el trabajo de Walsh fue en eso, en escuchar, para poder luego decir, y que se escuche”. En 1973 comenzó a militar en la organización Montoneros con el grado de Oficial 2º y el alias de Esteban. Creó un sector del Departamento de informaciones de Montoneros y fue su responsable. Junto a su amigo, el poeta Francisco Paco Urondo, participó como fundador y redactor de *Noticias*, el diario que presentaba los puntos de vista de Montoneros. Todas tareas que exigieron su compromiso y su convencimiento acerca de las posibilidades de poder cambiar su rumbo y el del país y el mundo.

#### La escritura: una elección ética

En el caso particular de los artistas, en el concepto de estética de la existencia existe una estrecha relación entre actividad artística y arte de vivir. “La vida del artista en el mundo moderno está animada por la convicción de que el arte está a disposición de dotar de una forma a la existencia que, paralelamente, en tanto vida verdadera representaría el testimonio de esta obra de arte” (Schimid 2002: 273). Esta idea aparece con mucha fuerza en la figura de Walsh a quien le resulta imposible separar la literatura de la política y la vida. Sus escritos, especialmente los posteriores a *Operación Masacre*, dan cuenta de la presencia de la política, lo cual demuestra que es un error desligar esta ética de la escritura de su dimensión política.

La experiencia de la escritura representa una de las técnicas más antiguas de formación y transformación del yo. En ella el individuo se forma y proyecta la posibilidad de su existencia y de su transformación. La escritura, en la práctica del yo, puede llegar a sustituir a la mirada de un amigo. Esto emerge con claridad en el caso de Walsh, cuando escribe sus famosas cartas de denuncia, cuando para explicar determinadas situaciones de las que no puede hacerse cargo convoca las voces de *otros* o cuando hablando de otros se describe a sí mismo, por ejemplo. Según expresa Schmid, “escribir es un acto vital, una manera de complimentar la vida, un elemento fundamental dentro del arte de conducir la propia vida. En esta experiencia no acontece nada que no sea la transformación del yo. Se escribe para llegar a ser alguien distinto del que ya se es” (2002: 285-286).

“La escritura de Rodolfo Walsh se nos aparece como un espacio en el que se tratan de modo indiscernible los registros discursivos y la sociedad que los produce; en el cuerpo de la letra se confabulan la inevitable efectividad de los hechos y la utopía de la transformación social. Entre la libertad y la memoria, su escritura es, sobre toda disquisición, una elección ética” (Ferro 2004 [1973]: 9). El propósito fundamental de su escritura es comunicar aquello que ha permanecido obliterado, no dicho y lo traduce transformando la impunidad en denuncia, de tal modo que en ese movimiento se recupere lo borrado con mayor fuerza que la que ponen en juego las voluntades implicadas en el olvido.

Foucault distingue dos tipos de escrituras: aquella entendida como recuerdo y profundización en la intimidad y la otra como medio de impulsar a los hombres a otro saber, de derribar los límites de los hombres, de estimularles a superar lo insuperable, de acercarse a la proximidad lo que se encuentra en la lejanía. Esta escritura libera a los hombres de sí mismos y los pone en situación de cambiar el mundo (Schimid 2002). En esta escritura se encuadra la práctica de Walsh, quien en el prólogo para la primera edición en libro de *Operación Masacre* (julio de 1957) afirma: "Escribí este libro para que fuese publicado, para que actuara, no para que se incorporase al vasto número de ensoñaciones de ideólogos. Investigué y relaté estos hechos tremendos para darlos a conocer en la forma más amplia, para que inspiren espanto, para que no puedan jamás volver a repetirse" (957 [1998]: 255).

Sobre este aspecto Ferro opina: "Su escritura parece estar movida por el sueño secreto de un cartógrafo tenaz, convencido de que las ideas de verdad o de justicia en sí mismas son abstracciones. Nunca creyó ni absurdo ni inútil un trabajo de interpretación insobornable de los acontecimientos históricos capaz de asediar esas ideas con los resultados concretos alcanzados por la investigación. Pero este sueño no fue concebido por él como una empresa individual, sino desde el proyecto de hallar el lenguaje capaz de traducir los resultados logrados en una escritura que provocara en los lectores movimientos de acuerdo. Su gesto de traductor se afirma en una doble convicción: por una parte, la escritura debe alcanzar su mayor grado de efectividad en la difusión de los sucesos sociales y, por otra, su destino se enlaza solidariamente con la mirada de los lectores que revisan esa cartografía para perfeccionarla. La justicia y la verdad no tienen una residencia áurea, son el producto de acuerdos comunitarios, su legitimidad depende tanto de la amplitud y diversidad de los que participan en esos acuerdos como de la circulación libre de todos los saberes comprometidos en el edificio social" (2004 [1973]: 14).

La escritura exige la insistencia de la mirada para no desaparecer, demanda la solidaridad de la lectura y Walsh, que no lo ignoraba, vuelve una y otra vez sobre los hechos para entenderlos, para asediar la verdad; revisa sus textos para insertar su lectura, siempre otra, para reescribirlos. "Los censores ignoraron al Walsh lector, el que descifra y escribe trastornado lo que lee, el que traduce" (Ferro 2004 [1973]: 9).

#### Palabras finales

A partir del análisis de la figura de Rodolfo Walsh a la luz de los postulados teóricos formulados por Michel Foucault en relación con los conceptos de ética, estética de la existencia y arte de vivir es posible establecer algunas primeras conclusiones.

En primer lugar, Rodolfo Walsh fue un hombre que quiso ser dueño de sí mismo y hacedor de su propia forma, entendiendo cada una de sus elecciones personales como actos de libertad a través de los cuales pretendía impedir la eternalización de las relaciones de poder. Por esta razón, es posible afirmar que comprendió la ética como una práctica reflexiva de la libertad y las experiencias como un medio para poner la vida en acción en pos de la transformación tanto de sí mismo como de su relación con los demás. Y ello está presente, por ejemplo, en cada una de sus investigaciones que lo marcaron profundamente.

Fue un hombre que no se hizo el distraído frente a lo intolerable, lo inaceptable y jamás olvidó su compromiso de dar testimonio aun en los tiempos difíciles. Una de sus mayores búsquedas se encaminaba detrás de la verdad, principalmente, de aquella que el Estado manipula, oculta, borra de los arcones de la memoria colectiva. Y para ello recurría una y otra vez a la reconstrucción de esa verdad que él no poseía a partir de la perspectiva de las víctimas, de las voces de lo popular, de los sucesos tachados de los relatos oficiales. Especialmente a partir de mediados de la década del '50, asumió la responsabilidad de demostrarle a la sociedad los modos en los que el Estado construye relatos falsos, manipulándolos y tergiversándolos según su conveniencia.

Esta relación con la verdad que se establece en la vida de Walsh es interesante a los fines del análisis dado que Foucault la entiende como una de las prácticas del arte de vivir que proporciona forma al sujeto. Aquí también merece ser destacado el rol que desempeña la práctica parresiástica en su vida, como aquél compromiso de decir siempre la verdad a pesar del costo que ello implicara.

En Walsh existe una relación intrínseca entre los campos de la literatura, la política y la vida y es por ello que la escritura –una de las técnicas más antiguas de formación y transformación del yo– es el modo que él tiene de materializar sus reflexiones; de corporeizar sus juegos de autorreflexión (indispensables para la práctica de cuidado de sí porque le permiten experimentarse desde fuera); de comunicar su profunda capacidad de observación y la agudeza de sus diagnósticos del presente. Walsh escribió para llegar a ser alguien distinto del que ya era y entendía la palabra como un medio para impulsar a los hombres a otro saber, para movilizarlos, para "inspirar espanto".

Sin embargo, Walsh no debe ser comprendido como un héroe ni como alguien que pretendió serlo sino como un sujeto que se sirvió de las tecnologías del yo que estaban a su disposición en función de sus propósitos y necesidades. Fue un hombre multifacético que no se dejó someter a la norma y pretendió hacer de la actitud consigo mismo el lugar desde donde sostener su libertad.

## Notas

- (1) Las actitudes y comportamientos que caen bajo el enjuiciamiento ético varían en virtud de los tiempos históricos. En la antigüedad fueron los placeres; en la moral cristiana, los deseos; en la moral kantiana, la intención; y en el mundo moderno, el sentimiento y la sexualidad, por ejemplo.
- (2) Victoria Walsh también era militante de Montoneros, donde desempeñaba un cargo dirigenal. Murió en noviembre de 1976.

## Bibliografía

- ALBANO, S. (2004): *Michel Foucault. Glosario de aplicaciones*, Editorial Quadrata, Buenos Aires.
- BAYER, O. (1957) [1998]: "Rodolfo Walsh: tabú y mito" en Walsh R., *Operación Masacre*, Editorial Planeta, Buenos Aires.
- FERRO, R. (2004) [1973]: "Escritura periodística y poderes públicos. Las notas de *Mayoría*", en Walsh R. *Caso Satanowsky*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires. Pp. 207 – 220.
- FERRO, R. (2004) [1973]: "Prólogo", en Walsh R. *Caso Satanowsky*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires. Pp. 7 – 14.
- FOUCAULT, M. (1999): "La ética del cuidado de uno mismo como práctica de la libertad" en *Hermenéutica del sujeto*, Editorial Altamira, La Plata.
- FOUCAULT, M. *El libro de la Parresia*.
- GUTIÉRREZ, R. (2001): "Rodolfo Walsh: El violento oficio de escribir" en Babab N° 6, Enero, [www.babab.com/no06/rodolfo\\_walsh](http://www.babab.com/no06/rodolfo_walsh)
- LINK, Daniel (1995) (editor) "Introducción" en *Rodolfo Walsh El violento oficio de escribir. Obra periodística (1953-1977) Espejo de la Argentina*. Planeta, Buenos Aires.
- PIGLIA, R. (1999) "Tres propuestas para el próximo milenio - Literatura y política - parte I. I Seminario de Análisis crítico de la realidad argentina (1984-1999)", en *Jornadas preparatorias para la creación de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo*.
- PIGNA, F. (1999): "Rodolfo Walsh" en *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*, Alianza Editorial, Buenos Aires.
- SCHMID, W. (2002): *En busca de un nuevo arte de vivir. La pregunta por el fundamento y la nueva fundamentación de la ética en Foucault*, PRE-TEXTOS, Valencia.
- VERBITSKY, H. (1985): *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina 1976-1978*, Ediciones de la Urraca, Buenos Aires.
- VIÑAS, D. (1996): "Rodolfo Walsh, el ajedrez y la guerra" en *Literatura argentina y política II*, Sudamericana, Buenos Aires.
- WALSH, R. (1977): *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*, Buenos Aires en Verbitsky, H. (1985): *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina 1976-1978*, Ediciones de la Urraca, Buenos Aires.
- WALSH, R. (1976): *Carta a mis amigos*, diciembre en Verbitsky, H. (1985): *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina 1976-1978*, Ediciones de la Urraca, Buenos Aires.
- WALSH, R. (2004) [1973]: "*Mayoría*, N° 77, segunda serie, 29/09/1958", en Walsh R. *Caso Satanowsky*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires.
- WALSH, R. (1957) [1998]: *Operación Masacre*, Editorial Planeta, Buenos Aires.
- WALSH, R. (1957) [1998]: "Prólogo para la primer edición en libro. Julio de 1957" en Walsh R., *Operación Masacre*, Editorial Planeta, Buenos Aires. Pp. 255-256.
- WALSH, R. (1957) [1998]: "Retrato de la oligarquía dominante. Fin del epílogo de la tercera edición, 1969" en Walsh R., *Operación Masacre*, Editorial Planeta, Buenos Aires. Pp. 299-300.